

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL DETENTE, INSTANTE

A Cayuela, por su paciencia.

En la concepción común, el tiempo consiste en una sucesión de presentes, de “ahoras”, y aun de “ahoritas” y “ahorititas”, que vienen del futuro y siguen hacia el pasado. El pasado ya no es, el futuro todavía no es, solo el presente, el ahora, tiene peso de realidad.

En la refutación común de esta manera de entender el tiempo hace aparición el monstruo que nos interesa: el instante. El instante, el gozne donde el futuro se va al pasado, límite que tiende a cero, tan breve como se quiera, ahogado entre pretérito y porvenir, es una suerte de punto en el tiempo. El punto geométrico no tiene dimensión, ni ancho ni largo ni grueso, pero esa nada está ahí, lunar indispensable en la construcción geométrica.

Por eso el instante es imperceptible, tratas de advertirlo y ya pasó para siempre. Y en consecuencia, percibir no puede consistir en captar una sucesión de instantes.

Huxley observa que los segundos aparecieron en la atención humana con las salidas y llegadas de los trenes. Antes eran inútiles, invisibles y propiamente inexistentes. Del mismo modo, el instante cobró vida con la fotografía. La fotografía hace visibles los latidos del tiempo, los instantes.

La instantánea capta lo que el ojo, fatalmente atado a percibir solo procesos que se explayan en el tiempo, no puede percibir. La famosa instantánea del gran Bresson *Cola de hambre en China* atrapa, penetra e inmortaliza lo que a ojo desnudo no fue más que confusión caótica de jalneos y aplastamientos desesperados. Por eso se dijo de este artista que tenía ojo de halcón y mano de terciopelo.

Pero, por ejemplo, ¿diremos que este apunte del natural que figura en algún diario de Chéjov es instantánea?: “De un lado del escenario unos intelectuales revolucionarios comen, beben y discuten ruidosamente el destino del mundo. En el otro, una campesina lava en silencio los trastes.”

No, claro que no es instantánea. ¿Por qué? La escena puede mirarse. Lo que capta una instantánea no se presenta ante los ojos, no puede percibirse. Ese es el criterio.

Así pues, de entrada ningún retrato es instantánea, el retrato sería por definición lo no instantáneo. ¿Sin movimiento, hace sentido hablar de instante? No es lo peculiar de la instantánea que inmovilice (el retrato está inmóvil), sino que descubra y rescate lo que había oculto en el movimiento. El placer estético suele estar ligado al placer de descubrir.

¿Y a ver, de esta otra escena qué resolvemos, es o no instantánea?:

Un hombre camina en la calle parlotando. Lleva sombrero de carrete,

corbata de pajarita, bastón de mimbre y va canturreando con amplios ademanes.

Un viejecito chiquitín,
Jorobadito,
Va caminando...

El niño que lo acompaña se aleja de lado: el hombre del bastón es su padre, sus expansiones callejeras lo avergüenzan y no quiere que la gente que va pasando lo asocie con él...

Claro que es instantánea, gesto y movimiento congelados.

No podemos estimar que la instantánea sea solo cosa de nuestros días y que está necesariamente asociada a la fotografía. Hay cuadros tradicionales que son algo como instantáneas pintadas, por ejemplo, muchos de Tintoretto, el gran maestro del movimiento operático, o ese cuadro de Diego Velázquez, *La fragua de Vulcano*, con las bocas abiertas de sus rudos herreros ante la luminosidad y blancura hierática del dios.

Otro ejemplo, ¿esta foto es instantánea o no?:

El niño que aquí vemos es Arturito el recitador, prodigio que asombra a los públicos del mundo. Pese a su corta edad, recita largos poemas sin una sola palabra inteligible, valiéndose en la recitación de imitaciones maravillosas de sonidos de las naturalezas animal y meteorológica. La foto lo muestra en el momento, un número muy gustado... sí y no al mismo tiempo.

Una última pregunta: ¿cuál es la ilustración que corresponde a este pie de foto?:

“Y fue entonces, tal vez, cuando los ángeles malos intentaron subir a destrozarse los cielos.” –

– HUGO HIRIART

POLÍTICA INTERNACIONAL

LA ERA POST KIRCHNER

No han pasado tres semanas de la muerte de Néstor Kirchner y ya está a la venta un libro que lleva por título *La Argentina después de Kirchner / Peronismo y campo, la nueva alternativa*; un libro que intenta capitalizar a los productores agropecuarios a favor del opositor Peronismo Federal. Sorprende la inmediatez con que apareció en las vitrinas y la velocidad de la jugada política. Alguno podría interpretar esto como una señal de anticipación y cambios futuros. Pero no todo está ocurriendo con tanta celeridad y aún prevalece un estado generalizado de confusión.

Una muestra es la actual discusión de la Ley de Presupuesto en la Cámara de Diputados, donde todos los partidos opositores parecen haber entrado en crisis. La Unión Cívica Radical ha sido acusada de pactar y hasta de haber recibido coimas de parte del gobierno para aprobar el proyecto. La gente de Mauricio Macri, jefe del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires y líder del PRO, debió llamar a disciplina a varios de sus diputados que prefirieron ausentarse antes que votar en contra. Y el Peronismo Federal transita momentos de incertidumbre y reordenamiento: Carlos Reutemann, uno de sus líderes más presidenciables, ha abandonado la mesa coordinadora del partido.

Una de las primeras consignas que arrojó el Peronismo Federal tras la muerte de Kirchner fue “unidad”, que no es otra cosa que medir fuerzas con Cristina para ver quién abrigará bajo su poder la compleja diversidad del movimiento. La ilusión de un peronismo unido es la ilusión de los peronistas opositores

de ocupar el vacío dejado por Kirchner, lo que se traduce en una ilusión electoral que, de lograrse, arrasaría en las urnas del 2011. Pero el asunto no es tan sencillo.

Uno de los principales obstáculos se encuentra en Hugo Moyano, indiscutible y poderosísimo líder de la CGT y presidente del PJ bonaerense. Moyano trepó, gracias a Kirchner, a altísimos niveles de poder, pues el kirchnerismo entendió al movimiento sindical –y en esto ha seguido la doctrina de Perón– como la “columna vertebral” del gobierno, según declaró recientemente el jefe de gabinete, Aníbal Fernández. Pero Moyano no termina de ser legitimado por los jefes territoriales y los dirigentes históricos del peronismo, que lo ven más como una amenaza. Además no tiene buena prensa y sobre él recaen constantemente sospechas de patoterismo, poder omnívoro y negocios oscuros. Al gobierno le interesa y le conviene tenerlo a su lado, pero tampoco hará por él innecesarios sacrificios. En definitiva, debemos entender lo que ocurra con Moyano como una expresión de lo que ocurrirá en el futuro del peronismo.

Máximo Kirchner, hijo de la pareja de Olivos y figura central de La Cámpora, agrupación política que apoya al gobierno, gozara en el futuro inmediato de un protagonismo que aún no ha tenido. Encargado de las finanzas familiares en la provincia de Santa Cruz, es de esperar que a Máximo se lo vea más seguido por la Casa Rosada como uno de los principales asesores de su madre. Resta saber qué tipo de lugar ocupara, pues es sabido de su distancia cautelosa con Hugo Moyano y de su inconformidad con el INDEC, el organismo estadístico que ofrece las cifras oficiales (y maquilladas) de la inflación nacional.

En una economía agrícola como la argentina, la constante subida del precio de la soja sigue beneficiando al campo pero también a las arcas del Estado por efecto de las retenciones fiscales. Ante este panorama de liquidez monetaria es muy probable que la inflación continúe siendo un fantasma recurrente y las cifras del INDEC reproduzcan una realidad demasiado favorable al gobierno.



La despedida de Kirchner.

En agosto pasado fue aprobado en el Senado un proyecto de reforma del organismo estadístico que incluye una mayor autonomía financiera y la elección de sus directivos por concurso y no mediante la voluntad del Ejecutivo, como hasta ahora se ha hecho. De ser aprobada la reforma en la Cámara de Diputados, el gobierno perdera un importante poder de maniobra con evidentes repercusiones en la feroz interna partidista de cara a las elecciones de 2011. Es sabido: el manejo de las cifras de la inflación puede encumbrar o defenestrar a un gobierno.

Es difícil pronosticar qué ocurrira en el futuro cercano, aunque ya son varias las piezas arrojadas sobre el tablero. Una: Cristina adelantó que su política sera continuista, echando por tierra todas las especulaciones de cambios de timón. Dos: la muerte de Kirchner ha causado un inesperado efecto: en vez de debilitarse, el kirchnerismo parece haber salido fortalecido. Tres: la oposición aún no se recupera del golpe de haber visto en todos los medios de comunicación (incluso los medios opositores) a una multitud de jóvenes en los funerales televisados de Néstor.

El socialista Hermes Binner, figura de bajo perfil que ha ganado fuerza en los últimos años como gobernador

de la provincia de Santa Fe, ha declarado estar dispuesto a formar binomio con el hijo de Raúl Alfonsín, Ricardo Alfonsín, si este queda como candidato de la UCR. La pareja tiene en contra la memoria manchada del último gobierno de los radicales (Fernando de la Rúa), y a su favor el aura de prestigio político dejada tras la muerte del primer presidente de la democracia, así como también la reconocida gestión de Binner en Santa Fe. Como ha dicho el mismo Binner, una jugada así permitiría un cuatrienio menos presidencialista y más parlamentario, algo que, dicho así, suena bastante bien. Pero ante esto habría que preguntarse si un país históricamente atado a presidentes fuertes estaría preparado para un gobierno no presidencialista. Y sobre todo habría que preguntarse si acaso la Argentina pueda ser gobernada, según reza la leyenda, por alguien que no pertenezca al peronismo. —

— GUSTAVO VALLE

DROGAS

LA NECESIDAD DE LA LEGALIZACIÓN

Una sociedad no puede considerar enfermos y delincuentes a millones de ciudadanos, que tienen trabajo y familia casi todos, por el mero hecho de fumar marihuana, la mayoría en forma esporádica, algunos todos los días, casi ninguno en la jornada laboral porque la marihuana se disfruta más en la libertad del ocio; en el trabajo fomenta las metidas de pata. Los pocos que la fuman todos los días, lo hacen llegando del trabajo como otros ciudadanos toman una copa cuando llegan a la casa al final de la jornada. Hay quienes la fuman a todas horas; tienen baja la presión, son lentos e inofensivos, no tienen pesadillas, a no ser una diurna: que los agarren con un toque. La persecución alienta el consumo: antes de la penalización de la cannabis, en el mundo “prehistórico” de la marihuana, en cada pueblo había uno o dos mariguanos y en las

ciudades la consumían esporádicamente algunos marginales: zapateros, soldados, artistas.

Ahora, tan solo en Estados Unidos, 16,5 millones de personas fuman marihuana. Una sociedad que permite y premia con el prestigio el afán de riqueza desmedida y prohíbe y castiga algo tan apacible como la marihuana no está bien, pero peor está el país que obliga a otros países a combatir lo que, según él, es El Mal. Desde mi punto de vista esa conducta insaciable, invasiva, en el terreno del dinero, de la moral o de la droga, es la que no es correcta. La globalidad de un sistema no debería traducirse en la globalidad de sus prohibiciones. En el siglo XIX el imperio británico hizo la guerra a China por la libertad de mercado porque al gobierno chino se le ocurrió, en un acceso de independencia, prohibir el opio; ahora su heredero hace la guerra, lo mismo, más allá de sus fronteras, contra ciertas drogas que sus ciudadanos consumen inmoderadamente, porque, ojo, también las drogas se pueden utilizar en forma moderada. Pongo como ejemplo, otra vez, la marihuana; de las drogas prohibidas la más conocida: en el trabajo, no se la fuma; bajo su sombra, a su resguardo, se vacaciona en un mundo de ocio interesado por las cosas, por su valor de uso y no de cambio. Quien la fuma alcanza el ocio no dictado, suele perderse sin intención ninguna, concentrándose en un libro, una hoja, una mosca, un pájaro... hasta que suena el teléfono o hay que salir; se deja el ocio y se ponen las pilas, tan irremediablemente puestas como las de los otros.

Hay que iluminar a la droga con el conocimiento y no obscurecerlas con el exorcismo. “Luz, solo luz, aunque alumbre las cosas malas”, decía Nietzsche. Tenemos que combatir sus lados malos y excesivos. Para eso, no hay que satanizarlas, hay que apartarlas del

terreno del delito y del crimen e insertarlas en los campos de la salud y del conocimiento. A los primeros que no les interesa la legalización de las drogas es a los narcotraficantes y fabricantes de armas; a los segundos es a los moralistas de siempre, que aunque la realidad les demuestre que no hay otra posibilidad civilizada de resolver la violencia prefieren inmolarnos en el error de la costumbre. Como ya dije: la mayoría de los consumidores de las drogas (e inventores de drogas nuevas) están en Estados Unidos; tal parece que esa sociedad las necesita como ninguna; al mismo tiempo es la organizadora de su prohibición en todo el mundo y la generadora de su producción con su demanda, así como

de la fabricación de armas para combatir las. El gobierno norteamericano fomenta la guerra radical contra las drogas en todo el mundo y dentro de sus fronteras lleva la persecución en forma más racional y permisiva: ¿Cuándo ha desestabilizado a su Estado como lo hace ahora en México? ¿Cuántos estadounidenses han muerto en esta guerra? Nosotros ponemos los muertos, los huérfanos, las viudas, ellos las armas y la mayor parte de la demanda. Hay que combatir lo que hace hoy necesaria la droga como en ningún tiempo de la historia permitiendo y devolviendo

a las drogas más antiguas y ancestrales a la excepción de lo sagrado y la fiesta o de los ratos de ocio. En cuanto a las drogas más peligrosas y adictivas, las más recientes y sintéticas, las más orgánicas a la sociedad industrial, por cierto estudiándolas, conociendo y tratando a sus consumidores, reglamentarlas con legislaciones específicas. Respecto a su producción, auspiciando controles de calidad y su fabricación responsable, para evitar envenenamientos y efectos no estudiados, en relación a sus adictos, tratarlos educativa y médicamente. En los países que se ha comenzado a hacer



Una iniciativa necesaria.

esto, emblemáticamente en Holanda, ha disminuido la violencia inherente a su criminalización y no ha aumentado la drogadicción; a ambas cosas las fomenta la ignorancia.

La prohibición engendra una forma criminal de competir por un mercado, que solo por esta es nefasto y está escondido. Hagámoslo transparente. Quitar los motivos de conflicto es ayudar a la paz; las drogas son causa de conflicto porque son ilegales. Una mercancía clandestina, ajena a la competencia legal, crea una violencia incontenible; si por lo contrario se convierte en legal, productores, distribuidores y consumidores, supervisados por la sociedad representada por el Estado, luchan y se ponen de acuerdo, desde el punto de vista de las leyes del mercado y no por las armas, el fraude, la corrupción.

El combate a la droga ha gastado en nuestro país y en el mundo mucha energía social que, canalizada a otras metas, nos podría hacer una sociedad mejor y más rica. Una de las cosas más aberrantes de la persecución a la droga es que orienta el gasto estatal fuera de los ámbitos productivos y educativos y redistribuye el ingreso haciendo multimillonarios a los delincuentes. La lucha contra las drogas ha creado criminales a todos niveles; con la despenalización paulatina hay que ir preparando la reinserción a la sociedad de los campesinos y comerciantes pequeños vinculados a ellas y concentrándose en el castigo de asesinos y secuestradores. Hay también que guiar a los que las combaten dándoles tareas posibles y beneficiosas. En cuanto a los consumidores, aceptarán, a cambio de la liberación, unas normas sociales que podrían ser pensadas bajo la experiencia ancestral con el alcohol; porque si hemos aprendido a convivir con el alcohol, que es una droga peligrosa, podemos hacer algo similar con otras: ¿por qué no comenzamos a discutir el sacar a la luz a las drogas prohibidas, empezando por la marihuana, que es la más conocida? Recordemos lo que causó la prohibición del alcohol en los Estados Unidos y lo que distendió su permiso. Perseguir, como lo dice clara-

mente este verbo, las drogas es ir por detrás de ellas; permitir las, en cambio, y que salgan a la luz, es la única forma de conocerlas, de tomarles la delantera y quitarlas de la violencia, alumbrándolas con el conocimiento. De la verdad, decía Lope de Vega: “Del sol de Dios, ventana cristalina.” “La oscuridad engendra la violencia/ y la violencia pide oscuridad/ para cuajar el crimen”, dicen tres versos de Rosario Castellanos. —

— ANTONIO DELTORO

ELECCIONES EN BRASIL

EL TRIUNFO DEL CONTINUISMO

El triunfo de Dilma Rousseff en la segunda vuelta de las elecciones llevadas a cabo en Brasil significa, ante todo, el triunfo de la continuidad de Lula y su gobierno. Desde hace casi dos años Lula promovió a Dilma como su sucesora, luchó para que fuera aceptada, la impulsó a tirios y troyanos (al Partido de los Trabajadores, a sus aliados políticos, a los brasileños) y acabó por traspasarle el caudal de su popularidad. De ahí que las elecciones fueran, según la lógica instaurada por Lula, primero un plebiscito sobre la gestión personal del presidente y, después, sobre el desempeño y el programa del gobierno. En este esquema el caudillismo lulista, ese caudillismo que en el Brasil tiene sus orígenes más remotos en el periodo imperial fundador, es entonces la gran figura victoriosa. Ni los recurrentes escándalos de corrupción que ocurrieron en el entorno inmediato de Lula lograron mermar una aprobación popular de niveles altísimos; invulnerable a la crítica, santificado con rara unanimidad, radical en sus manifestaciones personalistas, Lula construyó, de modo más claro en este su segundo mandato que ahora está a punto de finalizar, un mito nacional arraigado, poderoso. Y, por cierto, ese mito contó con la ayuda de una oposición política que nunca se atrevió a enfrentarse a él. Desconcertada, temerosa, dividida, esa oposición (en manos del PSDB, el Partido

de la Socialdemocracia Brasileña, mejor conocido como los tucanos y que con Fernando Henrique Cardoso tuvo dos periodos consecutivos de gobierno) solo encontró a medias en José Serra a su candidato ideal. A medias, sí: con la excepción de algún tramo aislado de la lucha por el segundo turno electoral, Serra no logró presentar un mensaje claro y abarcador, congruente, a los ojos del país; en reiteradas ocasiones pareció dirigirse de manera exclusiva a los electores de São Paulo, su lugar de origen y donde fue gobernador, y no a los electores de un Brasil vasto, múltiple y que manifiesta poca simpatía hacia los paulistas. La propia figura de Serra fue, a cierta altura, un descuento: no era posible hallar en él esa fuerza de convicción dispuesta a despertar adhesiones.

Dicho lo anterior, cabe decir que el hecho de que Rousseff no ganara las elecciones en la primera vuelta, como Lula lo deseaba, no se debió al PSDB o a Serra. Esa primera (y, por cierto, dolorosa) decepción, que de alguna manera confirma que también los mitos pueden derrumbarse y que los votantes no tienen dueños, respondió muy claramente al surgimiento de Marina Silva al frente del Partido Verde en el escenario político. Marina Silva fue ministra en el gobierno de Lula, renunció a su cargo alegando una desilusión izquierdista y de modo tranquilo, diríase que natural, abrió un camino intermedio, centrista, entre la opción lulista y la tucana. Un camino ecologista, alternativo, coherente en



¿Podrá Dilma Rousseff con la herencia de Lula?

sus proposiciones y sus actitudes. Así, se convirtió en lugar de protesta contra el lulismo exaltado y en lugar de refugio de los tucanos sin esperanzas. Los envidiables veinte millones de votos que alcanzó Marina fueron votos recelosos y desencantados. Marina fue, también, más ella misma que sus dos adversarios principales. El dato no es irrelevante porque si alguna característica distinguió a Dilma Rousseff y a José Serra, a lo largo de gran parte de esa representación teatral que es una campaña electoral, fue su maquillaje. Era evidente, en una y en otro, su falsedad gestual y discursiva; acartonados, faltos de espontaneidad, huyendo del compromiso personal para aferrarse a esquemas generalizadores, había en ellos más artificio que verdad. Por eso, los intentos de Serra por rescatar y dar presencia protagónica a su trayectoria personal, oponiéndola a la de su adversaria lulista, cayeron al fin en saco roto. La actuación de Serra tuvo un agravante más. En un país que siempre ha tenido horror de las jerarquías y al que le gusta tratar con familiaridad a sus gobernantes, Serra no supo controlar un énfasis algo petulante. En un contexto político hecho de tantos desplazamientos sociológicos que apuntan a liquidar modelos establecidos que se consideran obsoletos o improcedentes, es evidente que cualquier abuso de las jerarquías se entiende basado necesariamente en enojosos privilegios. ¿Cómo no salir de ahí malherido, a pesar —y la cifra es importantísima— de los 45 millones de votos recibidos en la segunda vuelta electoral?

Pues bien, y a todo esto: quién es Dilma Rousseff, “la primera mujer electa presidente del Brasil”. Contéstese de inmediato: es la primera mujer presidente de un país marcado por el machismo, sí, pero también marcado por el intento de borrar gravosas fronteras entre los sectores sociales. Ex guerrillera, ex presa política, ex torturada por la dictadura militar, con lengua portuguesa de inflexiones infelices y de gramática titubeante (una similitud asombrosa con José Mujica, su vecino presidente del Uruguay), Dilma ganó porque encarnó

la voz de su inventor Lula. Acaso con la excepción de su círculo más íntimo, la incertidumbre gana al común de los mortales. Todo en Dilma está por descubrirse y por demostrarse, sea ese todo acierto o error, mérito o demérito. En un mundo político como el brasileño, tan confuso, en ocasiones tortuoso por el papel que allí desempeñan las alianzas entre los partidos y la vasta resonancia nacional de las instancias regionales, Dilma tendrá que construirse unas señas de identidad propias, que la vuelvan reconocible para cuantos participan en el ruedo político, y a la vez lidiar con ese vacío lulista que muy probablemente se apodere del país.

Mucho se habla hoy en día de Brasil, que ha pasado a ser un país de moda. Y mucho en ese hablar argumenta que Lula y su gobierno son o bien los liquidadores del antiguo régimen y de las líneas fundamentales de actuación que instauró el gobierno de Cardoso, o bien sus continuadores aventajados y audaces. La verdad parece situarse, como suele ocurrir, a mitad de camino entre esas visiones: la gestión tucana acertó a proponer la emergencia de una nueva mentalidad —más moderna, menos arcaica, de creciente autoestima— y la gestión lulista llegó para auparse en tal mentalidad y extender el título de auténticos ciudadanos a la totalidad tan diversa de los brasileños. —

— DANUBIO TORRES FIERRO

ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS A MÍ NI ME MIREN

El Partido Republicano en el 2010 tiene por líder a un movimiento. Desde inicios de 2009, dicho movimiento declaró que su estrategia sería denunciar el crecimiento de la deuda, oponerse al rescate bancario, atacar la reforma al sistema de salud y minar la legitimidad del presidente Obama. El 2 de noviembre esos esfuerzos alcanzaron, a grandes rasgos, lo que buscaban. Muchos demócratas



Foto: AP

El nuevo rostro del conservadurismo.

respondieron que esta es una típica elección intermedia, una en la que el partido que tiene la mayoría es quien inevitablemente sufrirá. Los demás lo atribuyen al pésimo estado de la economía. Pero, suponiendo que la tasa de desempleo en octubre hubiese bajado a 9 por ciento, ¿el resultado habría sido muy distinto? Los resultados de esta elección son un voto de desconfianza para el presidente Obama y el Congreso demócrata.

El esfuerzo extenuante realizado por Obama para situarse por encima de la politiquería ha perjudicado a su partido y no ha hallado resonancia en el otro partido. Fue solo hasta hace tres meses que comenzó a culpar a su antecesor de algo. Aunque culpar a George W. Bush del colapso económico es solo una verdad a medias. El origen del problema se remonta por lo menos a las políticas desregulatorias de Lawrence Summers durante la presidencia de Clinton; y Obama mismo incluyó a Summers en su gobierno. Tales insospechados vaivenes en la estrategia son una de las razones por las que muchos de los votantes que apoyaron a Obama en 2008 ya no creen que sea alguien en quien puedan confiar.

Es verdad que la recesión afectó al Partido Demócrata en las elecciones del 2 de noviembre; y es verdad también que el origen de esa recesión estaba fuera del control de Obama. (Nunca fue convincente al explicar esto, y el tiempo para hacerlo fue al inicio de la crisis.) Bajo su control había otras cuantas cosas, empero: su decisión, por ejemplo, de privilegiar la estabilidad de los bancos y las empresas financieras —estabilidad que es evaluada por esos mismos bancos y empresas— antes que la creación de

empleos. También estaba en parte bajo su control la duración de la espera que pidió mientras buscaba el apoyo de los republicanos para su reforma al sistema de salud. Obama tiene un extraño sentido de la plasticidad del tiempo. Entre los independientes que lo llevaron a la victoria en 2008, el desencanto decisivo se dio probablemente el verano pasado. La inmovilidad, el casi mutismo del presidente ante el derrame petrolero de BP parecían decir que deseaba que nada hubiera sucedido y que deseaba que la gente no lo estuviera mirando a él.

El movimiento del Partido del Té es la más reciente manifestación de una variante de la extrema derecha que de manera episódica pasa de un control parcial a la posición dominante en el Partido Republicano. Ascendió en 1964, en 1980 y en 1994, y ahora en 2010 ha vuelto con nuevo brío. Su continuidad fue disimulada por la leyenda de que Ronald Reagan era un conservador moderado. Reagan pronunció el discurso de nominación a favor de Barry Goldwater en 1964, y los temas centrales de su agenda en 1980 eran la falta de resolución viril de Jimmy Carter al no atacar a Irán y su falta de patriotismo al permitir que Panamá se hiciera cargo del Canal. La actitud distante de Obama ante el derrame de BP el verano pasado recordaba a la estrategia del Jardín de las Rosas de Carter. No digas nada acerca de una crisis que se resiste a una solución metódica (razonaron ambos), y recibirás crédito por tu candor. Pero las cosas no funcionan así.

El utopismo capitalista y el desprecio sin adjetivos para lo que queda del Estado de bienestar son las disposiciones que ahora dan cohesión al Partido Republicano. George Orwell escribió en *El camino a Wigan Pier* que, a pesar de que quizá la igualdad económica sea demasiado pedir, a él le gustaba la idea de un mundo en el que el hombre más rico lo fuera solo diez veces más que el más pobre. En *Libertad y organización*, Bertrand Russell escribió que ya que el dinero es una forma de poder, un alto grado de desigualdad económica no es compatible con la democracia política. Estos

asertos no parecían radicales hace setenta años. Hoy, ningún político se atrevería a pronunciar ninguno de los dos.

La revocación total de la reforma al sistema de salud es la meta declarada de John Boehner, el nuevo presidente de la Cámara de Representantes. “Este no es el momento para los acuerdos”, le dijo a Sean Hannity seis días antes de la elección. “La gente quiere que arranquemos el Obamacare desde la raíz.” En un momento en el que las bases del Partido del Té amenazan con actos de desobediencia civil, Obama necesitará una considerable destreza para salvar una porción decente de su legislación. Parece posible que la multitud que quiere nulificar la reforma al sistema de salud incite y enardezca a otro grupo de gente, de otro talante político. Después de todo, hay gente que necesita precisamente las cosas que se busca eliminar. Así que quizá se requiera que el presidente, cuya naturaleza política es la de cooptar y no la de pelear, realice una tarea que no le es del todo familiar: defender la ley y vindicar la justicia (que no necesariamente se ubica en el punto medio entre dos extremos) sin dar la impresión de ayudar a ninguna de las encendidas fuerzas del desorden. —

— DAVID BROMWICH

© *The New York Review of Books*

Traducción de Pablo Duarte

IN MEMORIAM ALÍ CHUMACERO (1918-2010)

Autor de tres libros de poesía (*Páramo de sueños*, 1940; *Imágenes desterradas*, 1948; *Palabras en reposo*, 1956) y de una reunión “impersonal” de ensayos sobre literatura y artes plásticas (*Los momentos críticos*, realizada por Miguel Ángel Flores en 1987), Alí Chumacero guardó un silencio irreverente de más de medio siglo que sigue cosechando, al día de hoy, absurdos galardones al mérito de un gesto o despertando inverosímiles sospechas en torno al interés de su poesía. Mientras

algunos consideran que Chumacero tuvo la lucidez y honestidad para escribir lo estrictamente necesario, evitando caer en las reiteraciones de un estilo que suele ampararse bajo el mote de “carrera literaria”, otros manifiestan su perplejidad ante una obra que se escudó en el mutismo para ahorrarse la molestia de la autocrítica, para garantizarse la culposa admiración de colegas fecundos.

Si hablé de “un silencio irreverente” es porque el propio Chumacero se complacía —y, por qué no decirlo, se divertía horrores— con los alcances públicos de su renuncia. (La comparación con Juan Rulfo, aunque desmesurada, resulta ineludible; más que por la calidad comparativa de ambos, por el lucro involuntario de su silencio.) Si bien se burlaba del espíritu canónico de los homenajes, premios y mesas redondas, Chumacero jugaba bien el juego de los reconocimientos oficiales: siempre con una sonrisa mórbida en los labios, pero también con mano abierta y firme. Desconozco si el poeta aceptaba la contradicción que había entre su imagen íntima, la de un terrorista verbal armado de frases ingeniosas y punzantes aforismos para toda ocasión, y su imagen institucional, la de un modesto “obrero de libros”, oculto detrás de las pruebas de imprenta del Fondo de Cultura Económica, editorial para la que trabajó durante más de



El poeta en su silencio.

Foto: Pascual Borzell / Igeisus

cincuenta años. Lo que resulta claro es que Chumacero, honorable Dr. Jekyll al podio y en la página, mantuvo a raya a un delicioso y sarcástico Mr. Hyde que ahora sobrevive en el anecdótico de sus amistades. Sin embargo, es elocuente el hecho de que en la mayoría de los ensayos escritos sobre él —a veces como indiscreción gozosa, a veces como extraña justificación— asoma dicho rostro. Como si la obra no bastara y hubiera que echar mano de los epigramas orales de Chumacero para vestir de fiesta la solemnidad de su poesía.

Dicha solemnidad no se entiende sin las afinidades electivas de nuestro autor: los *Salmos* y el *Eclesiastés*, Mallarmé, Rilke, Gorostiza, Villaurrutia y Cernuda. Expresión a la vez suntuosa y sentenciosa, destinada a hacer ponderaciones de tinte filosófico y construir templos del conocimiento; limpidez acentual en versos letánicos pero flexibles; léxico que recuerda a Juan Ramón Jiménez y su cábala de la inteligencia, única intérprete de “el nombre/ exacto de las cosas”. En los dos primeros libros de Chumacero, los paisajes verbales se asemejan a los de De Chirico y Morandi: atmósferas deshabitadas, rotondas de materias ilustres, naturalezas muertas a manos de la metafísica. Esta poesía, que aspiraba a hacer aún más puras las palabras de toda una tribu mallarmeana, terminó por reconocer:

Si nada me consuela, a solas oigo
la premura de ser flor la mirada
y el corazón desdicha. Porque nadie
buscando la pureza ha sonreído.

En el tercer y último libro, indiscutiblemente su mejor volumen, Chumacero abandona aquel limbo inmaculado, hace una visita al infierno de los otros y divide su *Comedia* en breves monólogos dramáticos: lírica de la representación, teatro poético de cámara. Sus Virgilio son adúlteros y viudos, padres e hijos, suicidas y holgazanes. Sus Beatrices son bailarinas, esposas, vírgenes y prostitutas. El *pathos* de la peripezia, bajo vigilancia intelectual, sustituye al *logos*

de la entelequia. Como un Rimbaud desencantado por la madurez y el tedio, Chumacero anuncia sin provocaciones ni melancolía:

Vayamos con unción a la taberna
[adonde
aroma el humo que precede,
bajemos al prostíbulo a olvidar
[esperando:
porque al fin contemplamos la belleza.

Ya no el feligrés que recita la oración de la pureza, sino el oficiante que dirige su homilía a pecadores —o que celebra una “liturgia de los misterios cotidianos”, según Octavio Paz— con la voz, ritual pero mundana, de un semejante.

En un ensayo titulado “Acerca del poeta y su mundo”, Chumacero escribió: “Pero el fin de la labor artística no reside en procurarse estatuas póstumas; tampoco, en pretender un prestigio sobrepuesto a la validez de la obra que se construye. La ‘voluptuosidad del porvenir’ y la fama en vida no cuentan, o no deberían contar, en el efecto que supone toda poesía.” Curiosas afirmaciones de un poeta que en vida obtuvo, antes que lectores pertinentes y valoraciones imparciales, la distinción o el ninguneo de la inercia. Pasarán años antes de que la poesía de Chumacero, según los versos de Villaurrutia, vaya “sin más pulso ni voz y sin más cara,/ sin máscara como un hombre desnudo/ en medio de una calle de miradas”. Esa, y no otra, será su recompensa: alejarla de una turba de mirones bien vestidos, despojarla del inútil y estorboso traje de emperador que le fue impuesto. —

— HERNÁN BRAVO VARELA

CRÓNICA EL LEVIATÁN ANGUSTIADO

El alprazolam es un depresor del sistema nervioso central. Para el momento en que se desata un huracán, aclararle a quien padece un trastorno de ansiedad que el alprazolam

es una triazolobenzodiazepina resulta tan trascendental como advertirle a esa alma atormentada que dicho compuesto causa deterioro de la fertilidad en ratas a dosis por arriba de 62,5 veces la dosis en seres humanos. A la hora del calambre, lo único que sirve es tener un ansiolítico a la mano. El punto es alcanzar cuanto antes los anhelados picos séricos que mantengan al alegre alpinista lejos de las orillas de pánico que, en un mal momento, pueden provocarle los abismos de su mente. Para ello, pensaría uno, basta con tener una receta e ir a una farmacia bien surtida.

Me temo que no. Hace poco yo mismo fui ese excursionista a punto de extraviarse en las cumbres borrosas de la psique convulsionada.

Hice lo humanamente posible. Un recorrido sin éxito por algunas de las farmacias que se hallan en el radio urbano que habito y del cual solamente salgo para ir a la playa o al aeropuerto —ya se sabe que uno se hace la ciudad a su medida, de lo contrario es imposible vivir aquí—; infructuosas llamadas telefónicas a los cuarteles centrales de las grandes cadenas farmacéuticas de la ciudad de México; minuciosas búsquedas por internet en busca de los laboratorios que fabrican el medicamento contra la ansiedad que necesito ocasionalmente; una resignada visita a la botica cercana que todavía vende pelotas de plástico y enjuagues bucales. Nada. Tuve que aceptar lo inefable: como el agua que un día faltará en el valle de México, estaba frente a la amenaza real del desabasto.

A punto de perder toda esperanza, un último intento en una megafarmacia donde lo mismo se venden variedades insólitas de comida chatarra, que remedios orgánicos contra la obesidad, una dependienta que promocionaba una marca de *shampoo* se apiadó de mí y consultó “el sistema”. Obtuvo un dato preciso, si bien escalofriante: quedaba una “pieza”, es decir una única caja del medicamento prescrito, en la sucursal de Cuautitlán Izcalli. El corazón me dio un vuelco tal que estuve a punto de pedir algo contra los infartos. En mi imagina-

rio, Cuautitlán queda más lejos que el estado de Zacatecas. Más me valía mantener la calma. Pregunté cómo llega uno hasta el fin del mundo:

—Allá por oriente. Ah no, parece que para Cuautitlán es por el norte, joven.

Antes que caer en las garras de un colapso nervioso, temí someterme a una experiencia de vértigo, potencialmente salvaje y total: salir a la caza de un ansiolítico del cual solamente quedaba una caja con treinta pastillas en una megalópolis que habitan veinte millones de neuróticos. Sudé frío al imaginar qué pasaría si, en ese preciso momento, seiscientos o setecientos mil de ellos estuvieran compartiendo conmigo el mismo agobio.

Regresé al automóvil, le eché un vistazo a la Guía Roji y emprendí la ruta como quien se halla en el trance de abandonar el nido para siempre. No niego que pensar en el camino me causó una cierta emoción, pero arriba del Periférico había demasiado tráfico para que, a la manera de un falso Dean Moriarty, la fuerza del viento me pegara contra el rostro y mi cabello se levantara por los aires apuntando en dirección al pasado.

Los paisajes que me ofrendó el trayecto fueron reveladores, aunque ubicados en las antípodas de esos horizontes fulminantes que aparecen en las novelas de Kerouac. Debido a una polvorienta obra pública en curso, por primera vez en mi vida pasé a dos metros de las Torres de Satélite. Observé gente viviendo en

rústicos campamentos montados al pie de las monumentales columnas que una vez significaron el arribo de la modernidad. Más adelante, me encontré cruzando a velocidad aceptable el extrarradio de la ciudad, ese nuevo llano en llamas mexicano que colinda con el apocalipsis y que le marca al automovilista la ilusoria división entre el fin de las urbanizaciones y el comienzo de la vida rural: “de aquí en adelante un paisaje semidesértico será aquel en donde solo vaguen, como almas en pena, cien o doscientas mil personas” (Carlos Monsiváis).

Para evitar pasar de largo mi destino, decidí seguir avanzando por el carril secundario de la autopista que va a Querétaro. Este es un dato no verificable para el automovilista, quien ante la ausencia total de letreros y señalizaciones debe intuir el rumbo y dirección que lleva. Presuponiendo que me hallaba cerca de la meta, comenzaron entonces las cósmicas e inmarcesibles letanías con que los naturales de Cuautitlán respondían a mi única, desamparada pregunta:

—¿La avenida de los Astros?

Como en un *reality-show*, a pesar de los obstáculos conseguí mi objetivo. Instalado en la zona de confort que procura el alprazolam, a mi regreso de ese viaje al final de la noche recordé el libro de una socióloga estadounidense que aborda la historia del crecimiento de este desastre llamado la Zona Metropolitana

de la ciudad de México. Lo publicó el Fondo de Cultura Económica y su título está hecho a la medida para hablar de un monstruo: *El Leviatán urbano*. Quise enterarme en el acto acerca de las razones que explican por qué nos ha ido tan mal, por qué esta ciudad salió tan deformada. Antes de terminar la odisea, hice una última escala en la librería Rosario Castellanos.

—Parece que está agotado—me advirtió el encargado. Era el colmo, ahora resultaba que todo el mundo se había dado a la tarea de entender los enigmas de la dinámica del cambio urbano en la ciudad de México—. Pero déjeme checarlo, joven.

Al cabo de cinco minutos de espera en los que pensé tomar otra pastilla, recibí el último ejemplar que cuenta la historia de nuestras desgracias urbanas y que, al parecer, había sobrevivido a la súbita fiebre de conocimiento sociopolítico de los lectores capitalinos. Al ver el precio marcado en la etiqueta pensé que se me había pasado la mano con el alprazolam: 10 ridículos pesos. No pude evitar pensar también en la historia de oportunidades perdidas que caracteriza a nuestra espléndida clase política. Obtener un ejemplar de *El Leviatán urbano*, aunque fuera el último, me había costado menos del 3 por ciento de lo que había pagado por mi medicamento, contando la gasolina. Conservo el *ticket* de compra como un amuleto. —

— BRUNO H. PICHÉ

SÍGUENOS: twitter.com/letras_libres



BÚSCANOS

